

como la de hombres que comprendían que no les quedaba mas que la triste satisfaccion de morir matando. Era el capitán Céspedes hombre que manejaba con la mayor soltura una formidable espada de tres dedos de ancho y de catorce libras de peso y con ella hacia tales cosas que á su vista ya podían tenerse por verídicas las increíbles proezas de los paladines semi-fabulosos de los tiempos antiguos. Cercado al principio por todos los enemigos, pronto al revolver de su terrible espada fué abriendo anchuroso campo alrededor de sí; mas los moros que no se atrevían á ponerse delante, le hicieron blanco de sus armas arrojadas y así le hirieron á mansalva desde lejos, de modo que el héroe estaba ya casi desfallecido y la sangre le brotaba por todas las coyunturas de la armadura.

Entretanto los cristianos fugitivos se habían detenido en lo alto de la colina, desde donde volviendo la cabeza al lugar del combate, vieron á don Alonso pelear con ardimiento, caer al fin, y desaparecer en lo mas espeso de la muchedumbre. Semejante espectáculo produjo en ellos un efecto muy contrario del que podía esperarse, así es que, animándose unos á otros y ardiendo en deseos de venganza, se precipitaron unánimes hacia el enemigo, con tanta presteza como en los primeros momentos de sorpresa habían huido de él. Los moros no esperaron el nuevo acometimiento: habían ya conseguido bastante por aquel día con la muerte de don Alonso, y pudiendo haberse llevado ó haber ultrajado el cadáver del héroe, dejaron sin embargo que los suyos le recogiesen.

Cuando estos llegaron á socorrerle, don Alonso respiraba aun; pero una palidez mortal cubría su rostro, y sufría horriblemente. Con los primeros auxilios que le prodigaron, cobró un poco de aliento y al ver que todos le miraban silenciosos y consternados, todavía antes de exhalar el último suspiro, pudo pronunciar lenta y solemnemente estas palabras:

—Caballeros, la muerte es vida, cuando esta se pierde por Dios... por la honra... y por la patria.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

PROGRESOS DE LA FABRICACION DEL PAPEL PINTADO.

La industria de los papeles pintados es originaria de la China.

Desde hace siglos emplean los chinos como medio de decoracion, papel cubierto de adornos pintados con recortes calados, semejantes á los que sirven para poner los carteles en las paredes. Esta industria fué llevada á Francia á fines del reinado de Luis XV por dos ingleses, Atur y Roberto. Prosperó con gran rapidez, y en tiempo de Luis XVI la casa de Reveillon gozaba de gran reputacion en este género. La parte mas difícil de las decoraciones sobre el papel estaba pintada á mano, valiéndose del recorte á modo de los chinos. El resto se obtenía por la impresion con planchas de madera y prensas grabado en relieve, método usado todavía actualmente aun para las decoraciones mas delicadas. Mr. Jacmar, sucesor de Reveillon, sostuvo la fama de aque-

SEGUNDA SERIE.—1863.

lla fábrica, sobre todo por sus bordados de flores, cuya composicion era del estilo chino y se representaba con mil gustos y caprichos. Hoy en España está muy introducida la fabricacion del papel pintado y de consiguiente hay una porcion de fábricas, que si bien todavía no compiten con las extranjeras, son bastantes para surtir las poblaciones de España, en las que se ha introducido este adorno, viendo desaparecer el blanco de las habitaciones que las hacia tan pobres, y el pintado á cuadros que era el lujo de á principios de este siglo aun en la misma capital de las Españas. Es admirable y fabuloso el precio ínfimo con que puede adornarse una habitacion con papel inferior.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA RUSIA.

La Rusia antigua.—La Rusia de Pedro el Grande.—La Rusia de hoy.

(Continuacion.)

II.

LA RUSIA DE PEDRO EL GRANDE.

Vamos á asistir á la maravillosa trasformacion de la Rusia, bajo el solo impulso de la mano de un hombre de verdadero genio, y cuya obra nunca se acaba de admirar como una de las mas grandes que el hombre ha podido realizar en un período relativamente pequenísimo á la magnitud de la empresa y del resultado.

Hemos visto en el artículo anterior lo que era la Rusia antes del tiempo de Pedro el Grande y hasta él. Al hablar hoy de la santa Rusia, se olvida demasiado hasta que punto ha estado siempre iniciado el Occidente, en los secretos de ese imperio al parecer incomprensible, empero sobre el que en realidad en todas épocas se han tenido libros curiosos dignos de fé, aunque ignorados por lo comun de la mayor parte de los lectores, y aun de los escritores.

Al advenimiento al trono de Pedro, hallábanse vencidas algunas de las mas insuperables dificultades interiores. No solamente el yugo mongol se hallaba olvidado hacia tiempo; estaba tambien domada la guerra de dinastía; y sus últimos síntomas los motines de una milicia insolente, porque se componía de hombres distinguidos á quienes se permitía el matrimonio y comercio, y que formaban una corporacion, no tenían en el fondo nada de muy alarmante.

La paz pública se hubiera ido de día en día consolidando si se hubiesen limitado á lentas y sucesivas reformas; la vida nacional hubiera podido continuar desarrollándose conforme al genio particular del pueblo ruso, sin que se hubiese necesitado desarraigar completamente las viejas costumbres. Verdad es que esto hubiera necesitado un largo período de tiempo, cuyo plazo se abrevió extraordinariamente haciéndole recorrer de un salto el genio atrevido y resuelto de un hombre. Por esto, así como á todo el mundo,

AÑO XXI. 32

nos parece á nosotros Pedro, como un gigante y como una de las mas grandes y notables figuras de la historia de la humanidad. Sin embargo, al admirar la energía y el genio del hombre que comenzó ó renovó todas las cosas de Rusia, es todavía una cuestion el saber si esta renovacion completa y violenta era necesaria ó no; si á falta de aquella crisis terrible, la Rusia no estaria hoy en el mismo punto en que se halla con una separacion menos profunda entre las dos clases de la poblacion, con una cultura mas original, tal vez con menos depravacion en las altas clases, y menos ignorancia y mas principios de moralidad en las bajas. Boris, Godounof, Alexis Mikrailovich y Fædor Alexisvich habian echado las primeras semillas de la civilizacion; tal vez hubieran germinado y dado frutos lentos y sólidos sin procedimientos violentos, con el socorro del tiempo, el mas sábio y el mas grande de todos los maestros.

Una sola reforma habia urgente y tenia que hacerse: la reforma del clero. Elevado en la dignidad moral, hubiera preparado y traído todas las demás, y si se hubiera verificado, la Rusia no seria tal vez una potencia puramente militar, cuyo estremo desarrollo territorial y material es para la Europa un motivo de terror y de alarma.

Pero es preciso ser justo: estas ideas, que son un producto de nuestras costumbres dulces y mas empapadas en el espíritu del cristianismo, no eran aun las que dominaban en los tiempos de Pedro el Grande: no podian, pues, resistir á su obra. Conservará solo en la historia el alto lugar que el siglo XVIII le ha asignado, y este lugar hubiera sido tanto mas elevado, si aquel monarca absoluto de todas las voluntades de su pueblo, aquel déspota impaciente á todo freno, hubiera sido mas dueño de sí mismo, si hubiera domado la barbarie en él como se prometió hacerlo en cuantos le rodeaban.

Ya era la Rusia un imperio inmenso; su estension en Europa, escedia de cuatro millones de kilómetros cuadrados, equivalente á nueve veces la superficie de la España. En Asia tenia mas de diez millones y medio de kilómetros cuadrados, lo que es mucho mas que la superficie de la Europa entera. Desde 1462 tenia, si se toma por punto de partida el gran principado de Moscou tal como estaba entonces, mas de tres millones doscientos mil kilómetros cuadrados, el sesptuplo de la superficie de España, y la Rusia habia anadido toda la parte asiática á su primitivo dominio.

Contenia una poblacion de cerca de diez y seis millones de almas, poblacion muy clara y estendida, es verdad, pero que comenzaba ya á condensarse en algunos puntos. Tal era la Rusia á fines del siglo XVII, y tal era el imperio al que Pedro el Grande iba á dar un nuevo aspecto.

En la corte de los czares se comenzaban ya á conocer las costumbres de los pueblos de Occidente; habia en Moscou bastante número de estrangeros, y entre ellos habia sido escogido uno de los primeros maestros del czar, Francisco Timmerman, de Strasburgo, llamado á darle lecciones de las ciencias militares y de matemáticas. Otro mas distinguido tenia sobre él una ilimitada influencia: éste era Francisco Lefort, natural de Ginebra, que habia llegado á Rusia en 1675, tres años despues del nacimiento del jóven Pedro Alexisvich, en calidad de oficial aventurero, porque habia hecho ya la guerra en Holanda. Al año siguiente fué recibido en el servicio del czar Fedor con el grado de capitán de infantería, y despues de la muerte prematura de este prin-

cipe, se agregó á sus hermanos, sobre todo al mas jóven, que tenia entonces diez ú once años. Lefort apenas tenia veinte y seis ó veinte y siete. En el tiempo en que comienza este período era ya general mayor, y podia cuanto queria sobre el ánimo del jóven soberano.

Viviendo este lejos de los negocios desde 1682 á 1689, tanto en razon á su estremada juventud como por efecto del genio dominante y ambicioso de su madre la czarina Sofia, habiase intimado con el ginebrino, hombre instruido, conocedor del mundo, que hablaba agradablemente y de él habia aprendido con éxito las relaciones de los paises civilizados á fuerza de trabajo y una gran prosperidad, y habia tomado repugnancia á la barbarie que reinaba en torno suyo y que tenia la impotencia política, concibiendo el proyecto de establecer un estado de cosas enteramente diferente.

Llegó el tiempo en que pudo realizar este sueño de una inteligencia precoz, y pudo contar con el apoyo de Lefort, de quien habia hecho su íntimo amigo.

Hábale hecho comprender Lefort que el fundamento de todo poder es un ejército, y un ejército permanente, cuya disciplina le haga un instrumento dócil y fácilmente manejable, tal en fin cual no lo tenia en Moscovia todavía. Aun en los juegos de la infancia, se sirvió de las lecciones que recibia para acostumbrarse á preparar y organizar los ejércitos. Rodeado en Preobrajenski de cincuenta niños nobles, que compartian con él sus estudios y sus placeres, Pedro formó compañías llamadas *patshuiye*, ó de juego, con los que, bajo la direccion de Lefort, hizo el aprendizaje de la carrera de las armas, pasando por todos los grados y sometién dose á todas las exigencias y á todas las molestias de servicio. Luego hizo de aquellas dos compañías dos regimientos, núcleo de un ejército regular y que aun hoy existen á la cabeza de la infantería y de la guardia imperial bajo los nombres de Preobrajenski y Semenofski.

La segunda necesidad despues del ejército, era la marina. Ya Alejo, el padre del jóven príncipe, con objeto de comerciar con la Persia por el mar Caspio, habia hecho construir por los holandeses un buque que habia bajado el Oka y el Volga, desde Dedinof á Astrakan, pero que habia sido quemado por los cosacos del Don. De la tripulacion dispersada solo volvieron dos hombres de la misma nacion á Moscou, de los que uno de ellos, Braud, fué elevado en lo sucesivo al empleo de primer ingeniero constructor de la marina. De modo que la Rusia carecia absolutamente de marina militar y comercial. La casualidad hizo ver á Pedro la barquilla con vela sobre la que el marino holandés habia vuelto.

El jóven monarca mandó construir otras varias semejantes en la orilla del lago de Pereiaslaul trabajando en ellas con sus propias manos, y bien pronto tuvo una pequeña escuadra. En 1693 hizo construir un navío y con él viajó hasta Arkangel y penetró hasta el Ponoí, sobre la costa de la Laponia. Al año siguiente entró en el mismo puerto de Arkangel con muchos buques rusos, y nombró gran almirante al príncipe Romodanouski, anciano á quien antes habia ya dado el título de generalismo.

El mar Blanco, helado en el invierno, no era el camino que podia ponerle en contacto con la Europa. Estando en guerra con la Turquía á consecuencia de la alianza formada contra él entre la Polonia y el imperio, pensó Pedro en e

mar de Azoff, cuya posesion le introduciría en el mar Negro, y donde el Don, uno de los mas caudalosos de la Rusia, tenia su desembocadura. Fracasen las primeras tentativas de sus ejércitos, porque sin escuadra era imposible sitiarse seriamente la fortaleza. Muy pronto un arsenal establecido en Voronega, no lejos del Don, le proveyó de cierto número de galeras, y desde entonces se halló en estado de embestir á Azoff tambien por la parte del mar. Esta flotilla derrotó á la de los turcos, y despues de un sitio de dos meses, cayó en poder de los rusos (1696).

Todo esto le hizo ver perfectamente que no habia mejor modo para aumentar el poder que la civilizacion. Ya Lefort le habia hecho atraer á su lado oficiales extranjeros de toda especie, artilleros, ingenieros, de estado mayor, etc.; despues soldados alemanes habituados á la disciplina, constructores mecánicos, artistas y sábios. Luego resolvió verlo todo por sí mismo en los mismos lugares, y en 1697 abandonó la Rusia acompañando á una embajada de que Lefort y dos funcionarios rusos eran los jefes ostensibles. Es sabida la historia de los viajes de Pedro el Grande; su vida de simple obrero y aprendiz de todo en el arsenal de Saardan, en Holanda, donde era conocido por *maese* Pedro; sus visitas á Inglaterra, á Viena y á Dresde, siempre observando y aprendiendo por todas partes para despues enseñarlo.

Pensaba todavía volver á Viena cuando las noticias de Moscou le obligaron á dar la vuelta á su imperio. Empero habia conseguido su principal objeto; la civilizacion le habia revelado todos sus secretos y los habia penetrado su escurridora y penetrante mirada.

Habia confiado el gobierno al consejo de boyardos bajo la presidencia del príncipe Romodanouski, á quien habia dado el título de César, y á quien en su casa daba el título de *señor*. Este habia sofocado ya una insurreccion de los strelitzes. Irritado este cuerpo por las innovaciones introducidas por el czar, preveía que no estaba distante el día en que sus servicios serian innecesarios. Detestaban á Pedro y éste les detestaba á ellos. A fin de escapar del peligro de que fuesen suprimidos, se rebelaron, por cuarta vez desde la muerte de Fedor. Por un instante reinó el terror en Moscou; pero los boyardos hicieron marchar contra los insurgentes los dos regimientos de nueva creacion, y estos quedaron vencedores. Restablecido se hallaba el orden cuando Pedro volvió á presentarse en el Kremlin como juez inexcusable. Muchos centenares de aquellos soldados fueron condenados á muerte, y otros, en número considerable, fueron desterrados lejos de la capital. En vano el patriarca intentó intervenir á fin de salvar á una parte de los culpables; para Pedro era escusado hablar de clemencia, y él mismo asistió á las ejecuciones, sosteniendo con su presencia el ánimo de los verdugos. Como tenia fuertes razones para sospechar que la czarina Sofia habia fomentado aquella rebelion, hizo levantar debajo de las ventanas del convento donde la tenia encerrada veinte y ocho horas, y de ellas colgó á ciento treinta confederados, de los que tres tenian en la mano el memorial que la princesa le habia dirigido en su favor.

La mujer de Pedro, á quien no amaba, fué envuelta en esta conspiracion y la hizo encerrar en un convento de Souzdal despues de haber conseguido del clero un divorcio formal de ella. En aquella epoca, en 1699, murió Lefort, y al cabo de pocos meses le siguió al sepulcro Patrik Gordon,

otro favorito del czar que como Lefort era uno de sus principales instrumentos.

Pedro lloró con gran dolor la muerte de sus dos amigos, y despues concedió el lugar que habian ocupado en su confianza á un protegido de Lefort llamado Alejandro Mentchicof, que á pesar de su humilde nacimiento habia sido admitido en el cuerpo de los pateschuiyes, y que hábil en servir al príncipe en sus secretos placeres como en la realizacion de sus grandes pensamientos, se le habia hecho indispensable. Era dos años mas jóven que su señor, y tenia ya entonces la categoría de *maypr* general. Su vida, que no es del caso referir aquí, es una divertida y complicada novela.

Los strelitzes fueron reemplazados por veinte y siete regimientos de infantería y dos regimientos de dragones formando su total de treinta y dos mil hombres, reclutados por un alistamiento general, y que en tres meses se hallaron en estado de salir á campaña. Las plazas de oficiales no se dieron sino al mérito y á la antigüedad.

Por el año de 1700 las reformas se sucedieron rapidísimamente. Las mas delicadas fueron las que se referían á la Iglesia. Pedro cambió su organizacion y quitó á los conventos la administracion de sus bienes, que sin embargo, les devolvió poco antes de su muerte. El décimo patriarca de toda la Rusia, Adriano, murió en 1700 y no le nombró sucesor, reservándose él la direccion suprema de la Iglesia, reemplazando á aquel primer pastor con un eparchato, cuyas decisiones debian sometersele y de donde salió en 1721 el santo sínodo.

Pedro mandó á los habitantes de las ciudades y á las clases superiores que se quitasen la barba, de que tan amantes eran sus antepasados, y adoptasen el traje aleman; únicamente permitió librarse de la ejecucion de este mandato á los moradores de los campos mediante el pago de una contribucion. Disminuyó el lujo y el servicio de las casas de los boyardos, habituados á arrastrar en pos de sí una turba innumerable de servidores.

Se aplicó á aumentar las rentas del Estado, que podian entonces ascender á la suma muy insuficiente de unos veinte y cinco millones de francos, y que elevó en el curso de su reinado hasta sesenta y cinco millones. Ordenó el modo de percibir las contribuciones; concentró la administracion general en los colegios ó cámaras (*prikaces*); aseguró cierta independencia al comercio, que le ejercian casi los aldeanos, y echó los cimientos de muchas fábricas y manufacturas. Con gran gozo anunció un día á Mentschicof que el uniforme que llevaban puesto era de paño de Rusia. Envió á los paises de Occidente los hijos de las familias distinguidas para que se educasen, y recomendó sobre todo á los miembros del clero que perfeccionasen su instruccion. En 1703 apareció el primer periódico ruso; las pruebas las corrigió el mismo Pedro el Grande por su mano. En 1710 se publicó el primer calendario adaptado á la clase de lectores, é impreso en caracteres *civiles*, forma de letras que se adoptó entonces en lugar de los caracteres eclesiásticos. Y en todo puede decirse que él lo concebía, determinaba el modo de hacerse, y aun tomaba parte personalmente en la ejecucion: mandaba y enseñaba.

Una de las cosas mas esenciales para Pedro el Grande, el complemento de sus miras, era aproximarse, ponerse en contacto con la Europa, y para esto hacerse dueño de cierta estension de costas sobre el mar Báltico. Trató desde lue-

go de determinar á la Suecia á que le hiciera voluntariamente esta cesion; mas le respondieron con una negativa; y aprovechándose de las disposiciones hostiles de la Dinamarca y la Polonia contra aquella potencia militar, aun formidable entonces, pudo obrar con aliados.

Despues de haber firmado en 1699 con el rey Augusto II, elector de Sajonia, un tratado secreto, aguardó únicamente á que hubieran cesado todas las hostilidades entre él y la Puerta Otomana para declararse abiertamente: y efectivamente, en 1700 emprendió la guerra contra la Suecia co-



Pedro el Grande, czar de Rusia.

menzando con el sitio de Narva, guerra que sirvió admirablemente á los designios de Pedro, pues no solamente consiguió por último hacerse dueño de las costas en el mar Báltico, sino que adiestró á sus soldados en la guerra regular, consiguiendo por fin vencer á los suecos, escelentes milita-

res, á pesar de que al principio los rusos eran vencidos aun en el desigual número de diez de ellos contra un sueco. Así, pues, comenzó la gran guerra del Norte que durante su duracion de veinte años agotó las fuerzas de la Europa Septentrional, al mismo tiempo que la guerra de sucesion de Es-

paña absorbía la atención de todas las potencias del Occidente y del centro de nuestra parte del mundo. Amenazada la Suecia por todos lados, se hallaba gobernada desde 1697 por un rey joven de diez y ocho años, que no había aun desplegado sus grandes cualidades.

Este guerrero fué Carlos XII, á quien se vió insensible á los placeres de su edad, á los goces del lujo y de la sensualidad, al paso que vivía contento en el campo de batalla, desarrollando en ellos tanto talento como valor. En estas largas guerras con la Suecia salió al fin vencedor Pedro el



Palacio de invierno en San Petersburgo.

Grande el 8 de julio de 1709 en la batalla de Pultawa, en donde quedó anonadado completamente el poder de Carlos XII. El infatigable czar, después de haber celebrado en Moscou un triunfo á favor del cual el pueblo ruso comenzó á sacrificarle su sentimiento de haber reorganizado su ejército, empezó la campaña de la Livonia y la Karelia, mien-

tras que Mentschicof obraba en Polonia hasta la Pomerania sueca. Cediendo á las instancias de Carlos XII, el divan de Constantinopla declaró inopinadamente la guerra á la Rusia. Pedro se adelantó hasta el Pruth adonde esperaba llegar á las comarcas del Danubio á fin de pasar aquel río adelantándose al gran visir. Pero éste había verificado ya el paso; y



cuando Pedro se adelantó á lo largo del Pruth hacia la aldea de Falchey, se halló envuelto por todas partes por un enemigo muy superior en fuerzas. A pesar de su resistencia y de su primer triunfo, no tenía mas perspectiva que la prision ó la muerte. Empero su mujer Catalina le salvó.

Pedro acababa de casarse en secreto en las inmediaciones de Varsovia (junio de 1711) con ella; mas sin embargo, pasaba todavía por su querida como lo había sido, en efecto, desde 1704. Nacida en 1682 Catalina, cuyo verdadero nombre era el de Marta Rabe, y que luterana en un principio se había despues convertido al culto greco-ruso, era de tan humilde condicion que es como un milagro que se hubiese sentado sobre uno de los mas poderosos tronos del universo.

La jóven desposada acompañaba á su esposo en su expedicion contra los turcos, y le instó á abrir negociaciones con el gran visir y prometió hallar el medio de hacerla aceptar. De concierto con Cheremetief, que era ya feldmariscal, le hizo presentar proposiciones, y aquel compañero de armas del czar envió al dignatario turco, al mismo tiempo que su carta, las alhajas y las pieles de Catalina, así como una suma de dinero, á la cual prometió añadir todavía otra. Conocida es la venalidad de los funcionarios turcos: el gran visir presentó condiciones aceptables y se concluyó la guerra por un tratado de 23 de julio de 1711 con asombro de toda la Europa y con gran disgusto de Carlos XII, retirado todavía en Bender, y que aun despues se obstinó en no salir de Turquía á menos que no se le diese un ejército.

Esta fué la famosa paz del Pruth. La restitution de Azoff con su territorio, la cesion del país de los Zaparoges, la promesa de no mezclarse en los negocios de la Polonia y el libre paso concedido al rey de Suecia, que no se dignó aprovecharse de él, eran condiciones con las que no se pagaba caro haber salido de una posicion tan crítica.

Despues de semejante servicio prestado al estado por Catalina, no vaciló ya Pedro en celebrar públicamente su matrimonio, y en 1712 la hizo reconocer solemnemente en calidad de czarina. Sin embargo, las incesantes instancias de Carlos XII hicieron volver á comenzar la guerra por la Puerta Otomana hasta 1713, en que la paz de Andrinópolis la terminó y obligó al rey de Suecia á salir de Turquía. La guerra del Norte continuaba, sin embargo, durante su ausencia y en virtud de sus órdenes, y su principal teatro era la Pomerania, terminándose por el tratado de Nistat en 10 de setiembre de 1712, cuya paz cambió la faz de las cosas en el Norte. La Suecia volvió á bajar al grado de potencia de segundo orden, y la Rusia ocupó el de primero.

El senado, que había reemplazado al tribunal de los boyardos en 1711, y el santo sínodo, otra creacion nueva, contemporánea de la paz de Nistat, rogaron á Pedro á nombre del pueblo que aceptase los títulos de *padre de la patria* y de *emperador de todas las Rusias* y le decretaron el sobrenombre de *Grande*. Al pronto rehusó Pedro, sin embargo, el 2 de noviembre de 1721 tomó el título imperial, que le reconocieron inmediatamente la Prusia, la Holanda y la Suecia, pero que otras potencias tardaron en concederle algun tiempo. Viajero incesante, fué á París el mes de abril de 1717 donde se le acogió con entusiasmo y concluyó con el regente un tratado de amistad y de comercio. Sin embargo, no logró separar la Francia de Inglaterra, objeto principal de su visita. Despues de una mansion de cuatro meses

en París, mansion célebre por el ensayo que hizo la Sorbona para disponerle en favor de una reunion de la Iglesia griega con la Iglesia latina, volvió á San Petersburgo, adonde había trasferido la capital de su imperio en 1712, hallando que los funcionarios públicos habían cometido tales actos de injusticia y concusion que castigó de una manera terrible é implacable. Ya en la nueva capital, al lado del Neva, elegantemente construidos, se levantaban el primer palacio de invierno, así como el de verano, rodeado de un hermoso y vasto jardin. Mentschicof y otros grandes señores habían hecho tambien construir magníficos edificios. La nueva creacion de Pedro se componia ya, además de la fortaleza, de la catedral de San Pedro y San Pablo y diferentes cuarteles, en donde las calles tiradas á cordel ostentaban innumerables casas, la mayor parte de madera, pero muy cómodas. Damos la vista del palacio de invierno, el cual fué reedificado en 1838 por el modelo del primero que un incendio había destruido. En 1715 se anunció ya el azote que desde entonces ha sido para San Petersburgo una amenaza constante perenne: las inundaciones. Cuéntase que, habiendo recibido Pedro el Grande una advertencia sobre este hecho para que estuviese cuidadoso, cuando estaba ocupado en echar los diques sobre los pantanos de la Ingria, vió una señal en un árbol altísimo, y preguntando que significaba, le dijeron que la señal de inundacion que había llegado hasta allí en el año de 1680. El czar replicó que aquello era imposible, y con su propia mano cortó aquel árbol. La Rusia, con la construccion de San Petersburgo, tuvo ya una puerta abierta sobre la Europa, y esto era lo esencial para el monarca fundador; no tenía grandes negocios, pero necesitaba un punto por donde espedir sus productos.

Las reformas de Pedro el Grande habían alterado las costumbres, las preocupaciones, las ideas religiosas de la gran mayoría de sus súbditos. Ya no era la Santa Rusia la que el jefe del estado invocaba; trataba á su patria de bárbara; condenaba las tendencias y el apego de los rusos á lo antiguo, y se jactaba del deber que á sus ojos tenía de cambiar la civilizacion de su pueblo. Un sordo descontento reinaba en las masas, y sin la mano de hierro que las oprimia hubiera habido grandes revueltas. Los descontentos contaban á la cabeza al heredero presuntivo del trono, Alexis Petrovich, hijo del primer matrimonio del czar con Eudoxia, á quien tenía relegada y sepultada en un convento. En vano Pedro había intentado interesar á aquel hijo, que había nacido en 1699, en la obra de reforma en que con tanto empeño trabajaba; ruso de los mas acérrimos, resentido del ultraje de su madre, dispuesto como ella á vituperar cuando hacía el emperador, tomó parte en un complot tramado contra la vida de su padre y éste le sujetó á un juicio, lo declaró depuesto de sus derechos de sucesion, y reuniendo un consejo de ciento veinte y cuatro dignatarios, lo hizo condenar á muerte. No se sabe si se llegó á ejecutar este fallo; lo único cierto es que el heredero del trono no sobrevivió veinte y cuatro horas á la notificacion que le hicieron de la sentencia el 26 de junio de 1718. Pedro le mandó hacer magníficas exéquias, á las que asistió con los ojos anegados en lágrimas. Muchos individuos, convictos de haber tomado parte en la conjuracion, fueron muertos en medio de los mas bárbaros suplicios. Usó de la misma severidad con los grandes que vejaban al pueblo, y castigó rigurosamente los actos de infidelidad y de concusion, no perdonando ni al mis-

mo Mentschicof. Protegió las artes y las letras; dotó su nueva ciudad de muchos establecimientos científicos, entre otros el de un gabinete de historia natural, un colegio de minas y una escuela médico-quirúrgica, echando en 1724 los cimientos de la academia imperial de ciencias, tan célebre después. Obligó á la joven nobleza á que viajase para que se formase en los países extranjeros y trató de suavizar lo grosero de las costumbres de la misma. Hizo salir á las mujeres de los *gineceos* donde estaban retiradas para tomar parte en la conversacion de los hombres, reunirse con ellos en sociedad, dando reglas de cortesía y enseñando la urbanidad á unos y otras, dulcificando así la rudeza de sus hábitos. Dispuso á este propósito funciones en la corte, al mismo tiempo que se ocupaba de juegos y otras diversiones para el pueblo. En una palabra, nada quedó á que no se estendiese la actividad devoradora de aquel hombre de un talento inmenso, de una voluntad firme, verdadero Atlas sobre cuyos vigorosos hombros llevaba con facilidad una carga que hubiera agobiado á cualquiera hombre comun. Pedro se immortalizó con sus beneficios sin número; sin embargo, algunas de sus medidas fueron fatales al país, especialmente el decreto de sucesion á la corona de 16 de febrero de 1722. A fin de no esponer á los peligros de una regencia creaciones tan laboriosamente realizadas por él, mandó que cada soberano designase sucesor, aunque con la libertad de privarle de esta cualidad después de haberle reconocido, en el caso de que el príncipe se mostrase indigno, ora por su incapacidad, ora por el desarreglo de costumbres.

A fines de su reinado, Pedro intervino en los negocios de la Persia destrozada hacia tiempo por facciones intestinas. Su objeto era asegurar á su pueblo el comercio del mar Caspio; borrar, por decirlo así, las puertas del Asia á fin de establecer por esta parte del mundo relaciones lucrativas y tal vez aproximarse á la India donde veía con celos á las otras potencias europeas encontrar abundantes riquezas. Pedro se trasportó al Cáucaso á la cabeza de un ejército de treinta mil hombres, y aunque no tuvo grande éxito, esta empresa fué ventajosa para la Rusia.

Infatigable hasta el último momento y perseverante en el cumplimiento de su obra, se consagró á acabar una porcion de canales comenzados, á reformar los conventos y á preservar á San Petersburgo del peligro de sus inundaciones. A fin de santificar en cierto modo el suelo sobre que descansaba su nueva capital, incesantemente espuesta á semejante peligro, había hecho traer del interior con grande pompa el despojo mortal de San Alejo Neuski. Estas reliquias, objeto de peregrinaciones numerosas, fueron depositadas en el convento que el monarca había fundado en 1710 no lejos del Neva, á algunos centenares de pasos de la ciudad. Este convento, decorado con el nombre de Alejo Neuski, fué elevado á la categoría de una *laura* (LABRA), reservada hasta entonces al monasterio de Petcheriski ó de los Subterráneos en Kiew, que fué en lo sucesivo la sede del metropolitano de San Petersburgo y una de las tres principales academias eclesiásticas. Las tres lauras forman con la catedral de Kremlin de Moscou los principales santuarios de la nacion. En memoria de esta traslacion fundó Pedro la orden de San Alejo Neuski, como había fundado en 1698 la orden de San Andrés, que es la mas antigua y la mas ilustre de las órdenes de caballería en Rusia.

Antes de morir Pedro tuvo todavía tiempo de ir á Mos-

cou para hacer coronar á su esposa Catalina (18 de mayo de 1724), la que en aquella época ya le daba varios disgustos, porque en los últimos años Pedro, irritado por los padecimientos físicos y morales de un mal cruel, fruto sin duda de su intemperancia, tenía un humor intolerable. Sucumbió al mal que le aquejaba en 8 de febrero de 1725 antes de haber llegado á cumplir los cincuenta y tres años.

Así terminó el largo reinado de este grande hombre, ó mas bien de este gran monarca. Leyes, disciplina y arte militar, política, marina, comercio, manufacturas, ciencias, bellas artes, todo casi se creó y perfeccionó segun sus miras; y por una singularidad de que no hay ejemplo, cuatro mujeres, que sucesivamente subieron al trono de Rusia después de él, mantuvieron todo lo que él acabó, y perfeccionaron lo que él había comenzado. En el artículo próximo hablaremos de una de ellas, Catalina II de Rusia, de las mas célebres emperatrices del mundo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

DORADO ELÉCTRICO.

Un ilustre físico ruso llamado Mr. Jacobí, uno de los autores del inmortal aparato de la *galvano-plastia*, ha presentado á la academia de San Petersburgo una memoria muy favorable á la perfeccion del dorado eléctrico. Para obtener un bello dorado se ejecuta en frio y por débiles corrientes obtenidas con un solo elemento Daniell. Para preparar el baño, Mr. Briaut hace disolver cincuenta y dos gramos de oro en agua régia; la disolucion se evapora y seca de manera que arroje todo el ácido de esceso. Se vierte el residuo en cinco litros de agua caliente; se añaden cien gramos de magnesia bien pasada por un tamiz, y se le deja depurar á un calor suave. El oro se separa del estado de óxido en combinacion con la magnesia. Lavado lo que se ha depositado, se mezcla en seguida con cinco litros de agua conteniendo trescientos setenta y cinco gramos de ácido azótico, que disuelve la magnesia y deja el óxido de oro hidratado, que se filtra hasta que el líquido bien lavado no sea ácido, lo que se verá por el papel tornasolado.

Se cocerá durante veinte minutos el fieltro conteniendo el óxido de oro con cinco litros de agua, donde se disolverán quinientos gramos de ciano-ferruro de potasa (prusiato amarillo) y ciento veinte gramos de potasa cáustica. El óxido de oro se disuelve al mismo tiempo y se forma un precipitado de sesqui-óxido de hierro, que se separa filtrándolo. El licor amarillo obtenido de este modo sirve para dorar. Se meten dentro de él los objetos que se quieran dorar, habiéndolos antes limpiado é igualado bien, y se les hace comunicar con el zinc ó polo negativo del elemento Daniell. Una hojilla de oro está colocada en el baño enfrente de estos objetos, y se le pone en relacion con el cobre ó el polo positivo del elemento.

Como en el método ordinario, el oro depositado es brillante si la superficie está pulimentada: este resultado persiste en tanto que el dorado no tiene sino un débil espesor, pero en seguida el oro se vuelve mate. El matiz que presen-

ta es mas encarnado ó mas blanco segun que se estiende en el baño una cantidad mayor ó menor.

Para obtener oro mate en un dorado poco espeso se cubrirán desde luego los objetos con una capa delgada de cobre. se lava en seguida con un agua un poco alcalina, de manera que quite la huella del ácido, y despues se la somete al dorado. Para *reservar* las partes que no se quieren dorar, Mr. Briaut se sirve del yeso empapado en una disolucion alcohólica y goma laca. Los puntos reservados los preserva así del baño alcalino.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL TRIPTICO DE LAS DAMAS DE LYON.

El arte no es de ningun partido. Sin preferencia por el vencedor ó el vencido, celebra la victoria y llora la derrota, porque no mira á la pasion sino á la poesia de las cosas humanas. El verso, ramo del arte en que mas entra la pasion, guarda sin embargo, tambien su sublime indiferencia. Para acudir á esta vieja, empero brillante ficcion que personificaba en las mujeres bellas todas las notas del pensamiento, las musas son diosas de frente serena, como el mármol, y sus oídos no se ocupan de los rumores de la tierra sino cuando los ha purificado el sonido de lo bello. Los poetas pueden pertenecer á diferentes opiniones, cantar unos á los tirios, otros á los troyanos, empero para la musa tanto vale Priamo como Agamenon. Nunca se ha podido descubrir por cual de los dos palpitaba el corazon de Homero. Yo creo que era por Agamenon, cuando el soberbio rey, convocaba la Agora, y por Priamo, cuando el consternado padre acudia suplicante á la tienda del matador de su hijo á demandarle su cadáver.

¿Quién ignora aquellos célebres versos?

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

Este verso se aplica al arte que no es sin embargo, siempre un Caton. Debe serlo, si es verdad que en poesia el dolor es mas rico que la alegría. A propósito deberíamos citar otro grito de Ausonio repetido á través de los siglos desde que fué lanzado y oculto en el alma desde el nacimiento del hombre:

Ahi, null' altra che pianto al mundo dura!
¡Solo el llanto en el mundo es duradero!

Es decir, que el mundo menor es mas rico en armonía que el mundo mayor; todas las primitivas melodías están en el menor.

Por último, el arte, sin tomar parte en las luchas de este mundo, asiste á ellas de tiempo en tiempo para levantar despues de la batalla monumentos de triunfo ó de duelo, *Te Deum* al vencedor y consuelo á los vencidos.

Los últimos sucesos que han agitado la península italiana, la han proporcionado asuntos cual se lo habian proporcionado desde los tiempos de la antigüedad. Los vencedores

han recibido en cambio del recuerdo del combate, grupos, estatuas, bustos, medallones: el cincel y el pincel han trabajado por inmortalizar su gloria, pero no han quedado solos y abandonados los vencidos.

Un punto particular de la Italia habia sido el teatro de cosas que no se olvidan fácilmente. A cualquier partido que uno pertenezca, hay ciertos espectáculos que siempre aplaude: el valor, la firmeza, la abnegacion, no son el patrimonio de una opinion, y es forzoso admirarlos siempre do quiera que se manifiesten en todas partes, aunque no fuese mas que por sentimiento estético del bien. Las damas de Lyon la segunda ciudad de la Francia, sin duda lo han creído así al ofrecer á S. M. la reina de Nápoles el tríptico, cuyo exacto dibujo presentamos á nuestros lectores.

La primera idea de este pequeño monumento de simpatías, ofrecido por señoras á otra señora, tiene ya en sí un gran mérito. Dice y espresa cuanto debe de decir y nada mas, y en las obras de este género es muy difícil conservarse en los justos límites. Mas de una hubiera cedido á la tentacion de presentar una horrenda hidra victoriosa: el dragón á los pies de San Miguel, y cualquiera otra alegoría de esas tan fáciles de aplicarse al uno y al otro partido. En esta época que se tiene por muy aficionada á las ideas, no faltan artistas ideólogos, cuyas ideas no son artísticas y que se precipitan con furor sobre las ocasiones de entregarse á elucubraciones de composiciones geroglíficas, mezclando en el tumulto del caos, el símbolo del retrato para mayor gloria de la idea.

Dos escollos habrá que evitar, el enigma y el grito de cólera. La palabra de dulce consuelo ha sido perfectamente seguida por Mr. Janmot, encargado por las señoras de Lyon de pintar el tríptico. Discípulo de Mr. Ingres ha comprendido el carácter que conviene al tríptico, esa forma singular que impone á la pintura algo de la sencilla serenidad y pureza de los maestros antiguos, y si tuviésemos alguna crítica que hacerle seria la de no haber llevado bastante adelante la sencillez. Fray Angelie y Gentili Belini, poco agradables en un cuadro ordinario encantan en un medio hierático. Allí se comprenden las vírgenes bizantinas recortadas sobre un fondo de oro. Gustan por la misma razon que gustan las viñetas iluminadas de los misales antiguos, y el color convencional de ciertos frescos, porque el destino de la obra forma parte de la misma obra, y lo bello está en el conjunto, en la armonía de las partes.

Imponer al artista la línea que debe de trazar, el colorido que debe de dar, no es la mision del crítico; este toma las obras tales cual son en sí, las vitupera si son malas y las aplaude si son buenas.

La totalidad de la obra de que hablamos es buena. Mr. Janmot ha tenido un digno colaborador, un gran maestro en su género. Mr. Tohan, autor del marco ó mas bien del mueble tallado destinado á proteger la pintura, ha hecho cuanto podia hacerse. Ha reunido en su severo aspecto el ébano y la plata; el ébano componiendo un fondo sombrío como la noche, la plata estrellándola de flores de lis; el gran emblema de la casa real de Borbon ha tomado una gracia majestuosa en el herraje de los cierres. Aquí y allí, lo severo está templado por lo delicado, es un mueble que conviene á una reina y á una mujer. Coronada por las armas reales de Nápoles tiene por sosten dos leones echados, y lleva el tríptico en su cerradura tambien, á un lado las armas particula-